Cuentos completos
(1887-1893)

voces / literatura

Antón P. Chéjov

Cuentos completos
(1887-1893)

Edición de Paul Viejo

INTRODUCCIÓN

I
Reconocer a Chéjov

Reconocemos a Chéjov. A no pocos de nosotros se nos desperezaría una sonrisa si, por la calle, a pleno sol, nos encontrásemos con alguien que lleva una camiseta rotulada en letras bien modernas donde se lee «La literatura es mi amante», y al fondo, tal vez, difuminadas, unas lentes pequeñas, una perilla, la silueta de una cara algo burlona. Reconocemos a Chéjov. Cada vez que a un cineasta, a un dramaturgo, a un escritor se le funde un poquito en negro el pensamiento y deja sus finales incomprensibles y colgando de la nada más absoluta, ya estamos todos los críticos, todos los *fans*, todos los espectadores y lectores y compradores de mercancía, todos los amigos de los artistas, sobre todo, encomendándonos a san Antón o a quien podamos, para justificar, con influencias y mano ancha, sus decisiones. Reconocemos a Chéjov. Reconocemos a Chéjov. Lo reconocemos, incluso, cada vez que nos beneficiamos del cinismo, aunque para nosotros suela ser un arma (de defensa personal o de ataque, personal, también) y lo confundamos con lo que en él, si acaso, era tan solo observación, objetividad. Realismo. Reconocemos a Chéjov. Cada vez que un escritor actual se frota las manos presumiendo de con qué pocos detalles ha logrado perfilar su personaje, con qué pocas líneas ha conseguido una descripción tan precisa, con qué pocas páginas ha logrado un cuento maravilloso (y se olvida de con cuantísimos detalles está perfilado Gúsiev, y se olvida de con cuantísimas líneas describe la estepa, y se olvida de cuantísimas páginas necesita para escribir una historia aburrida, Chéjov, que no tiene nada de

aburrida). Reconocemos a Chéjov. Que fue el escritor del siglo XX y no le va a quedar más remedio, de tanto como lo reconocemos, que serlo también del siglo XXI. Pero basta. Por ahora.

Reconocieron a Chéjov. A pesar de unos inicios (*reconozcámoslo* también ahora) a veces algo dudosos, trastabillados, en los que hasta la lengua rusa se le trababa. Reconocieron a Chéjov. Y no solo le fueron permitiendo salir de la guarida del seudónimo, poco a poco, letra a letra de su apellido, sino que le fueron llamando de un sitio y de otro, por su nombre de pila, como si fueran sus amigos ahora todos. Reconocieron a Chéjov. Y sus cuentos los fueron encuadernando –como si valieran más porque tuvieran otro precio– y así poder comprarlos cuando quisieran y no tener que estar encadenados al momento, a la revista, al papel barato lleno de tinta que se corrompe en los dedos. Reconocieron a Chéjov. Cuando a esos libros les quieren dar premios importantes, y se los dan, y cuando le llaman desde la academia, y desde las editoriales, y le invitan a las conferencias, y le regalan reseñas, y lo llevan a las fiestas con escritores encerrados. Reconocieron a Chéjov. En el momento en que sus historias cambiaron y de repente se acabaron las risitas, casi del todo, y ese médico que decía lo de «La medicina es mi esposa legal» y en sus ratos de libertad (matrimonial) les regalaba esas historietas que ahora, en estos años, se han vuelto cosas serias, de las que perduran –no solo para la posteridad, sino en la cabeza, tronando, de quienes las acaban de leer como algo nuevo, que eso es más difícil–. Reconocieron a Chéjov. Porque por culpa de lo que escribió en este periodo, ya no les quedó más remedio. Pero basta. Por ahora.

Porque lo que habría que intentar comprender es en qué se reconocía Chéjov, si lo hacía en esta época. Porque lo que importa de verdad en un escritor es cómo se reconoce él mismo, si lo hace, y cuáles son las causas, cuáles las consecuencias. Ya va quedando atrás –y no han pasado tantos años realmente– ese chaval que corría de la universidad al escritorio y a la juerga de las cuartillas, para entregar un puñado de cuentos al mes a quien los quisiera. Se va rezagando también el otro que sin dejar de hacer prácticas en un hospital de pueblo, o visitar casa por casa a ver dónde le duele a cada uno, seguía pluma en mano a la carrera de intentar ser mejor

~~Новый Время 1897 г. № 7879. Лист. 2~~

Встрѣча.

А зачѣмъ у него выдѣляется глаза, маленькое ухо, коротковы и почти круглая голова, какъ у самыхъ свирѣпыхъ хищныхъ животныхъ?

Максимовъ.

Ефремъ Бенеевъ тоскливо поглядѣлъ кругомъ на пустынную зыбь. Его томила дремота. Во всѣхъ членахъ стояла истома. Конь его, тоже утомленный, распаленной зноемъ и травою не ѣвшій, печально понурилъ голову. Дорога [illegible] отлого спускалась внизъ [illegible] убѣгала въ промежутокъ двѣ ночи. [illegible] сливались вдали съ синевой неба, не видно было только мышиной полети прямо за дорогою воздуха, какое бывается въ очень жаркіе, лѣтніе дни. Люсю проводилъ терраскамъ, уходящимъ вглубь и вглубь, у этого стражника, безжалостного чудовища [illegible] конвоя. [illegible]

Ѣхалъ Ефремъ изъ ближняго села Кураки путь-дорогу сотворить на покорѣвшій храмъ. Въ тѣхъ столь обрѣлъ Казанской Божіей Матери, покрывшей и помиловавшей нашъ дождей [illegible] Большая частная крупка съ вдовствующимъ [illegible] съ такой цѣлью на колѣни, въ [illegible] слѣдовъ [illegible] дорогой дорогой [illegible]. [illegible] Ефремъ [illegible] да [illegible] приятной къ [illegible] тѣхъ [illegible] Кураки

II
1887-1893

Si en el anterior volumen de estos *Cuentos completos* de Antón Chéjov ya se dejó constancia de que el periodo que cubría esas páginas, 1885-1886, servía como bisagra hacia un nuevo estado en su obra, es en este tercero donde se puede contemplar –en diferentes aspectos– su transformación.

En 1887 la fama de Chéjov es cada vez mayor –recordemos que el año anterior había publicado sus *Relatos abigarrados*– y comenzará a apartarse de las revistas humorísticas y espaciar sus colaboraciones en ellas. Pese a la importancia que tuvo en sus primeros años la revista *Fragmentos*, dirigida por Nikolái Leikin, los trabajos para ella se dan cada vez de forma más irregular y con dificultades. Chéjov está cansado de este tipo de escritura y pone por excusa no solo problemas de salud, sino falta de inspiración. Él mismo le contará a su editor en alguna ocasión, casi avergonzado, que, aunque continúa sentándose de manera insistente para escribir y poder enviarle alguna historia, nada de lo que sale de su pluma le parece ya adecuado para *Fragmentos*. Y, pese a diferentes negociaciones entre ambos, no solo en cuestión de plazos o cantidad de entregas, sino también económicas, la realidad es que a lo largo de este año únicamente se publicarán trece historias de Chéjov en el lugar que, poco antes, había albergado hasta dos colaboraciones semanales.

Más anecdótica incluso resultó ese año la participación con la revista *El despertador*, otra de las «casas» habituales del Chéjov temprano: tres cuentos y un final tormentoso por la publicación de una de ellas, «Memorias de un hombre colérico». Un retraso en la publicación de la tercera y última parte de ese cuento ofendió tanto a Chéjov que terminaría la relación. Le serviría esto para retomar

en cambio la que tenía con la *Gaceta de San Petersburgo*, a quien entregaría una treintena de relatos, y también con *Tiempo nuevo* y su editor Alekséi Suvorin. Será precisamente aquí, la única de las revistas donde firmaba con su nombre, donde aparezcan obras importantes como «Enemigos», «Kashtanka», «Vérochka» o «El beso», y donde, sobre todo, se comience a apreciar el gran cambio: apenas queda ya en esos cuentos rastro alguno de los «textos menores». Una profunda maduración, un análisis serio y concienzudo de sus personajes y de las situaciones, y un desarrollo más trabajado de las tramas convertían a lo que antes eran «pequeñas piezas» en grandes historias. De hecho es justo ese año, queda constancia en sus cartas, cuando Chéjov se propone escribir, por primera y única vez, una novela que nunca terminaría. Tan concienciado estaba de hacerlo que llegó a escribir a sus editores para ver si estarían dispuestos a publicarla por entregas. Poco más se sabe de esa novela, salvo la reutilización de algunos fragmentos, y la reelaboración de otros en cuentos de este periodo.

Se sabe también que 1887 sería el año del regreso de Chéjov a su patria, Taganrog, por primera vez desde que la abandonara en 1879. No nos detendríamos en la anécdota biográfica si no fuera porque esta estancia de mes y medio y los viajes por la región causaron en Chéjov cambios tanto o más importantes que los puramente formales, y proporcionaron mucho material para relatos como «Un trotamundos» o el más extenso «La estepa», que publicaría al año siguiente.

A estas alturas, el reconocimiento y apoyo por parte de las principales figuras literarias y artísticas era ya un hecho evidente e indiscutible, y el ambiente en el que se relacionaba a Chéjov ya era otro: había pasado de ser un escritor «menor», encajonado en publicaciones de baja categoría, a entrar en la esfera de la «alta literatura». Trabó amistad con el poeta Alekséi Pleschéiev, miembro del consejo de redacción de varias revistas de prestigio, y a través de él con escritores como Mijailovski, Uspenski o Vladímir Korolenko. Sería este último, junto al novelista Dmitri Grigórovich, quien más haría en favor de Chéjov a lo largo de estos años. No solo por su mediación directa e influencia en críticos y académicos, sino por